LIBRO dot.com

La Fosforerita

Hans Christian Andersen



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Era ya muy tarde aquella víspera de Año Nuevo, terriblemente fría, pero en las oscuras y heladas calles vagaba una pobre niñita descalza. Ciertamente al salir de su casa había tenido zapatillas, aunque no le sirvieran de mucho por lo grandes que le quedaban, como que habían pertenecido a su madre. Además, se le habían caído de los pies cuando la niña cruzó corriendo la calle para eludir dos coches que se le echaban encima a toda marcha. Una de las zapatillas no se encontró más; la otra la recogió un muchacho que escapó con ella.

Los pies descalzos de la pobre niña estaban parcialmente rojos y azules de frío. Llevaba una porción de fósforos en su viejo delantal, y una caja de ellos en la mano, pero nadie le había comprado ninguno en todo el día, ni le había dado siquiera un cobre. La pobre criatura tenía hambre y se moría de frío, y parecía la viva figura de la miseria.

Los copos de nieve caían sobre su largo cabello rubio, graciosamente rizado en torno de su rostro, pero ella no prestaba atención a la nieve. En todas las ventanas se veían luces, y un exquisito olor de ganso asado llenaba las calles, porque era la víspera de Año Nuevo. Y ella no lo podía olvidar.

Encontró un rincón donde una de las casas se proyectaba un poco más adelante de su vecina, y allí se acurrucó, sentándose sobre sus pies, pero tenía más frío que nunca. Y no se atrevía a volver a casa, sin haber vendido un solo fósforo ni ganado siquiera una moneda. Su padre le pegaría sin duda, y además hacía tanto frío en su casa como en la calle. No tenían más que el techo para protegerse, y el viento silbaba por el interior de la habitación por más que se rellenaran las rendijas más anchas con trapos y paja.

La niña tenía las manos ya casi rígidas de frío. ¡Oh, un fósforo le haría tanto bien! Si se atreviera, si tuviera valor para sacar uno de su caja y encenderlo para calentarse los dedos... Sacó uno. Lo frotó... ¡qué bien chisporroteaba, qué hermosa llama! Ardía con un brillo tan claro como el de una pequeña vela, y al acercarle la mano ¡el resplandor parecía tan extraño! La niña se imaginó que estaba sentada ante una gran chimenea con pulidos herrajes, dentro de la cual, una espléndida hoguera ofrecía su agradable calor. Pero... ¿qué estaba sucediendo? En el momento en que ella estiraba los pies para calentarlos, la hoguera se apagó y la chimenea se desvaneció en el aire... y la niña se encontró sentada con el cabo de un fósforo apagado en la mano.

Encendió otro. La llamita iluminó la pared, haciéndola transparente como de gasa. Y la niña pudo ver lo que había en el interior de la habitación. Vio una mesa tendida, con un mantel blanco como la nieve y un juego de linda porcelana. Y también un ganso asado, humeante y relleno de manzanas y ciruelas. Más aún: el ganso se levantó de su fuente con el cuchillo de trinchar clavado en el lomo, y avanzó oscilando por el aire hacia la pobre niña. Y en ese momento... el fósforo se apagó también, y ya no quedó nada que ver sino el espeso muro negro.

Encendió otro fósforo más. Esta vez se vio sentada bajo un encantador árbol de Navidad, mucho más grande y más vistosamente decorado que otro que ella había visto aquella misma Navidad espiando por las puertas de cristales de un rico comerciante. En. las ramas lucían miles de velitas encendidas. Y muchos retratos en colores, como los que exhibían los escaparates, la miraban con expresión amable. La niña extendió las manos hacia ellos... y se extinguió el fósforo. Todas, las velitas de Navidad se fueron hacia arriba, más y más, hasta que no quedó duda de que sólo eran estrellas titilantes. Una de ellas cayó, dejando un brillante ramalazo de luz a través del cielo.

"Alguien está muriéndose" -pensó la niña, recordando que su anciana abuela, la única persona que alguna vez fuera buena con ella, le había dicho: "Cada vez que cae una estrella, un alma sube a la presencia de Dios".

Y encendió otro fósforo más contra la pared, y ahora vio a su abuela aparecer en el círculo de llama. La vio clara y distintamente, y parecía muy feliz y muy amable.

"¡Abuela! -exclamó la pequeña-. ¡Llévame contigo! Ya sé que te desvanecerás cuando se acabe el fósforo. Como la chimenea, como el ganso, como el hermoso árbol de Navidad".

Y encendió rápidamente un manojo entero de fósforos, en el deseo de retener a su abuela con ella. La luz del manojo brilló casi tanto como la del día. La abuela nunca había parecido tan alta y tan hermosa. Levantó a la niña en sus brazos, y ambas se remontaron en una aureola de luz y alegría, hacia arriba, lejos, muy por encima de la tierra, hasta allá donde no había más frío, ni dolor, ni hambre... porque estaban con Dios.

La luz de la fría mañana encontró a la fosforerita sentada allí, en el rincón entre las dos casas, con las mejillas sonrosadas y una sonrisa. Muerta. Helada en la última noche del viejo año. El día de Año Nuevo amaneció sobre el cuerpecito sentado aún y con los extremos de los fósforos quemados en una mano.

"Sin duda trató de calentarse" -dijeron. Pero nadie supo qué maravillosas visiones había visto, ni en qué esplendor había penetrado con su abuela en la gloria del Año Nuevo.